



Tula resistió 60 horas embate de Los Ardillos

La comunidad de Chilapa, Guerrero, se organizó y a punta de escopetazos hizo frente al comando agresor

ÓSCAR BALDERAS - PAG. 12

Jesús Plácido, dirigente de los indígenas en la comunidad de Tula, en Chilapa, narra que durante más de dos días se protegieron en barricadas de las ráfagas de rifles y bombas arrojadas con drones para repeler a esa banda

Guerrero, 2019

“Frenamos con plomo a *Los Ardillos* en una batalla de 60 horas”

Historia

ÓSCAR BALDERAS
CIUDAD DE MÉXICO

Los pocos habitantes que quedaban en la comunidad de Tula, en Chilapa, supieron que los sicarios de *Los Ardillos* llegaron al pueblo porque los perros comenzaron a ladrar. Luego escucharon el lejano ronroneo de los motores como si se tratara de víboras de cascabel y entonces, más nerviosos que decididos, comenzaron a chiflar y a tocar las campanas para avisar al Concejo Indígena y Popular de Guerrero Emiliano Zapata que la batalla armada para la que se habían preparado estaba por comenzar.

Era una lucha anunciada, pero desigual en todos sentidos. De un lado había miembros de los pueblos indígenas náhuatl, tlapaneco y mixteco sin instrucción bélica; del otro, sicarios adiestrados

por paramilitares del sur mexicano. En un bando, escopetas calibre 22 con poca munición; en el otro, rifles AK-47, AR-15 y dos drones artillados. En un extremo, los olvidados de Guerrero que sobreviven con el autocultivo; en el otro, un grupo criminal que presume tener el apoyo de alcaldes y jefes de policía desde Chilpancingo hasta la montaña amapolera.

Jesús Plácido, delegado del Congreso Nacional Indígena en Guerrero, sintió un tirón en el estómago cuando escuchó el llamado a la batalla, pero igual se levantó del sillón con rapidez. Tomó su arma vieja, salió de casa y se unió al combate. Marcó en el calendario que el 20 de julio de 2019 podía ser su último día con vida.

“Me despedí de todos y le entré a los plomazos. Los demás compañeros hicieron lo mismo. Nomás les dijimos a nuestras esposas, hijas, madres que nos esperaran en casa, pero nadie sabía si iba a volver. Esos *Ardillos* son sanguinarios”, cuenta Jesús Plácido.

La batalla, recuerda, duró tres noches y dos días. Ni el Ejército ni la Guardia Nacional asomaron la cabeza. La prensa tampoco. Por más de 60 horas, la comunidad de Tula se movió detrás de las barricadas solo para disparar y protegerse de las ráfagas y los drones que les tiraban bombas. Los breves episodios de calma servían para relevar a hombres cansados, comer un taco con frijoles o beber agua, siempre con el dedo en el gatillo.

“Yo creo que pensaron que nos rendiríamos muy fácil, pero les dimos una batalla que nunca esperaron. Los hicimos retroceder y se salieron del pueblo. Desde entonces advertimos que si no se aprovechaba que estaban heridos para acabarlos, el gobierno solo los iba a fortalecer. Y mire usted, el tiempo nos dio la razón. ¿Ya vio el desmadre en Chilpancingo? Son los mismos que nos querían quitar nuestra tierra”, señala Plácido



Compran alcaldes

Entre el 9 y 11 de julio, la mayoría del país escuchó o leyó sobre *Los Ardillos*, los engendros de Celso Ortega Rosas, *La Ardilla*, un ex policía de Quechultenango que fundó un doble negocio muy rentable en Guerrero: el trasiego de cocaína y la política. Hoy sus hijos son jefes de unos 500 sicarios y secuestradores que pelean el control de la montaña de Guerrero para explotar la amapola que crece de manera silvestre. También, aseguran los locales, son patrones de una decena de alcaldes.

Aunque *Los Ardillos* operan desde hace más de 30 años, esta semana pasaron de célula delictiva local a grupo criminal de importancia nacional tras bloquear por dos días la carretera federal México-Acapulco y retener a 13 servidores públicos en represalia por la detención de dos de sus presuntos líderes.

Para presionar aún más a las autoridades, obligaron a los habitantes de Chilpancingo y alrededores a manifestarse con violencia, al grado de robar un vehículo oficial blindado tipo Rhino y usarlo como arma mortal. Lo hicieron, según Plácido, pasando por encima del mando de la presidenta municipal Norma Otilia Hernández, grabada recientemente en un encuentro con Celso Ortega.

Para el también líder comunitario, ir contra *Los Ardillos* es pelear por sus seres queridos: solo en Chilapa les atribuyen 40 personas asesinadas en lo que va del

sexenio, 20 desaparecidos y más de 100 familias desplazadas. Detenerlos es ya un tema personal.

“La gente tiene que saber que no sólo son narcotraficantes. Son asesinos, violadores y extorsionadores profesionales”.

El modus operandi es el mismo: repartir dinero a priistas, perredistas y morenistas para asegurar que quien gane, les deba favores por miedo o conveniencia. Luego, obligar al triunfador a reunirse con ellos y grabar esas citas con la amenaza de filtrarlas a los medios, si no les dan contratos de obra o nombramientos, como la jefatura de la policía municipal. Cada tres años, esa maquinaria criminal y electoral se pone en marcha.

Son un virus asentado en al menos siete municipios y más de 50 comunidades en la zona montañosa de Guerrero —Chilapa, José Joaquín de Herrera, Quechultenango, Acatepec, Atlixac, Zitalia y Tixtla—, pero desde 2015 se han expandido hacia la capital para fortalecerse económicamente y desplazar a sus enemigos Los Rojos y el cártel Jalisco. ■

“En episodios de calma nos relevábamos para ir a comer un taco o beber agua, pero siempre con un dedo en el gatillo”